

en sitios escarpados habían formado escalones en larguísimo trecho, porque no conociendo carros ni teniendo mas que un animal de carga, el llama, no ofrecían estas escaleras ninguna dificultad para las comunicaciones y el tráfico.

Mucho mayor era ciertamente la que ofrecieron á la caballería española, cuando llegó á estos puntos, pero los españoles vencieron este obstáculo como los demás. Sobre los torrenes y barrancos habían echado puentes de piedra, de madera y segun el caso colgantes de maromas. Las distancias estaban señaladas por piedras miliare, y cada tres ó cuatro leguas habia una posada, llamada *tambo*, para el alojamiento del inca y de su séquito. Sarmiento, que vió estas calzadas cuando todavía estaban en perfecto estado de conservacion, dijo que el emperador Carlos V no haría ni siquiera una pequeña parte de lo que hicieron los incas con su administracion perfectamente organizada y montada en los territorios de sus tribus sometidas; y Hernando Pizarro, hermano del conquistador y el mas instruido de la familia, escribió entusiasmado: «En ninguna parte en toda la cristiandad se ven caminos tan magníficos.» A estos testimonios podemos agregar el de Humboldt que en una de sus obras, *Cuadro de la Naturaleza*, dice. «Lo que he visto de las calzadas romanas en Italia, en la Francia meridional y en España, no me ha parecido mas imponente que estas obras de los peruanos antiguos, y eso que estas últimas están construidas á una altura de 12,440 piés sobre el nivel del mar segun mis observaciones barométricas.» Correos peatonales, llamados *chasquis*, llevaban las órdenes del gobierno, como se hacia en Méjico, á todas las partes del dilatadísimo imperio, é instruían á su vuelta al inca de todo lo que pasaba.

Los peruanos no tenían escritura; pero la suplían con los *quipos*, que eran cuerdas de lana de diferentes colores, con nudos, reunidas en haces enlazados en otros principales y secundarios, subdivididos de mil maneras y que por su disposicion, número de cuerdas y de nudos, distancias entre estos y su clase, así como por el color, significaban cosas determinadas, y bastaban para la administracion civil, económica y militar. En general significaba el color blanco la paz y la plata, el encarnado la guerra y los soldados, el amarillo el oro, y el verde el maíz. Había atados de cuerdas que pesaban hasta dos arrobas.

El ramo militar estaba tan reglamentado y era tan invariable como la vida y la sociedad civil. El armamento consistía en mazas de cobre, hachas de bronce, lanzas y flechas con puntas de cobre; algunos cuerpos usaban hondas; las armas defensivas consistían en corazas de algodón y cascos de madera forrados de algodón, y adornados de oro y piedras preciosas segun la clase y categoría del guerrero de casta distinguida. Los soldados rasos llevaban una especie de turbante ó paño á la cabeza. Los instrumentos músicos de guerra eran tambores y cornetas. En las expediciones acompañaban las tropas en tiendas de lienzo de algodón. Toda la fuerza armada que en las guerras grandes llegaba hasta 200,000 hombres, estaba dividida en secciones y armas diferentes, y en las marchas y batallas formaban los honderos la vanguardia, y los maceros y hacheros el centro.

En ninguna parte del Nuevo Mundo han concluido los conquistadores españoles tan radicalmente como en el Perú con la antigua civilizacion de los pueblos indígenas. Apenas se han conservado en aquel país algunos restos de lo que enterraron con sus muertos, porque desde las momias de los reyes, sentadas en sillas de oro en el templo del Sol en el Cuzco, hasta las sepulturas de piedra de los nobles cuyos cadáveres se conservaban tambien embalsamados, y aun las sepulturas de los pobres, todo fué profanado, destruido y saqueado por las manos codiciosas de los aventureros que en

busca de riquezas arrostraban peligros tan inauditos con voluntad sobrehumana (1). De la extraordinaria densidad de la poblacion antigua peruana dan prueba las vias de comunicacion, la administracion perfecta, los monumentos gigantescos. Las noticias del historiador Gomara, que dice que en los primeros diez años de la conquista perecieron aproximadamente millon y medio de habitantes, nos dan idea de la gran densidad de la poblacion; y por otra parte los objetos encontrados en las tumbas de la necrópolis de Ancon, que ocupa en la playa solitaria una superficie de un kilómetro cuadrado, cercada antiguamente de un muro de piedra, y las hileras de tumbas que fuera de este vasto recinto se encuentran en una extension de muchas horas, tumbas hasta de seis metros de profundidad y en muchas de las cuales descansan los restos de varios individuos puestos en cuclillas, metidos y estrechamente atados en un saco de un tejido basto de lana y envueltos los mas ricos ó distinguidos en mantas y telas de preciosos colores y trabajo, nos demuestran el alto punto á que habían llegado la industria, la civilizacion y el buen gusto de este pueblo. Además se han encontrado junto á los muertos toda clase de utensilios, de uso comun, como armas, joyas, collares y ajorcas, vasijas de barro adornadas y pintadas; instrumentos y útiles de las diferentes industrias, husos de varios colores, lana y algodón hilado, tejidos y hasta juguetes de niños. Toda esta civilizacion vigorosa, que tanto prometia, quedó destruida y exterminada sin misericordia ni consideracion alguna por la conquista; y á no ser por la citada necrópolis, sin vestigio alguno de su pasado.

29.—Tentativa de Francisco Pizarro para llegar hasta el imperio de los incas.

Francisco Pizarro, buscando recursos segun dijimos para realizar el propósito á que habia tenido que renunciar Andagoya por las consecuencias de su caída al agua, habia logrado encontrar autorizacion, dinero y compañeros de armas. Proporcionóle la autorizacion y el dinero Fernando de Luque, clérigo inteligente y hábil, vicario de la iglesia de Panamá, que facilitó los medios pecuniarios y obtuvo del gobernador la licencia para la expedicion; y le dió la fuerza armada Diego de Almagro, del cual dice Agustin de Zárate en su Historia del Descubrimiento (2): «Almagro, cuyo linaje nunca se pudo bien averiguar, porque algunos dicen que fué echado á la puerta de la yglesia.» Este hombre desheredado, sin porvenir en su patria, habia ido al Nuevo Mundo para ganarse allí una posicion en la sociedad. Era militar excelente, valiente, leal, enemigo mortal de falsedades y de intrigas, aunque en cambio se dejaba arrebatar alguna vez por sus primeros impulsos apasionados; robusto, diestro y tan buen andarín que sabia seguir en la selva mas intrincada el rastro de un indio, y alcanzarle aunque tuviera ya una hora de delantera (3). Mientras Pizarro armaba tres buques, uno de 40 toneladas y otro de 70, siendo el tercero un pequeño bergantín, enganchó Almagro 112 soldados españoles. Acor-

(1) Como el autor no cesa de hablar de la codicia de los españoles y de su destruccion de monumentos y obras de arte, recordaremos que esto se hacia á principios del siglo XVI por aventureros, y que á últimos del XIX los franceses y los ingleses disciplinados no respetaron mas el palacio de verano del emperador de la China que habían respetado los españoles los templos y monumentos peruanos. (N. del T.)

(2) Sevilla, 1577, pág. 1.

(3) Véase en NAVARRETE, Coleccion de documentos inéditos para la Historia de España, Madrid, 1844, la relacion de Pedro Pizarro, tomo V, pág. 203. Este Pedro Pizarro era hijo de Toledo y ningún parentesco tenia con Francisco Pizarro en cuyo servicio entró á la edad de 15 años, acompañole 3 años despues en sus campañas, y escribió mas tarde una *Relacion del descubrimiento del Perú*, etc.

daron ambos que Pizarro partiría primero; que cuanto antes le seguiría Almagro con el resto de la fuerza que reuniera, y que finalmente el cura Luque apoyaría la empresa desde Panamá donde le retenía su ministerio.

Hízose Pizarro á la vela con dos buques el 14 de noviembre de 1524 y desembarcó junto al pequeño rio Bizu, donde la costa pantanosa estaba cubierta de bosque. En el camino habían sufrido mucho los buques á causa de los temporales, pero á pesar de esto regresó uno de ellos mandado por Montenegro á Panamá para embarcar allí mas fuerzas, mientras Pizarro con la tropa desembarcada aguardó pacientemente y sufriendo todas las penalidades imaginables sin exceptuar el hambre, tanto que llegó la expedicion á cocer y comer cuero curtido, por cuya razon se llamó el punto donde tan apurados estaban Puerto del Hambre. Habían pasado ya 47 dias aguardando la vuelta del buque cuando descubrieron los expedicionarios una aldea no lejos de la costa, donde encontraron un poco de maíz y cacao. Finalmente llegó el buque cuando ya habían fallecido algunos españoles de los que quedaron en tierra con Pizarro. Este se dió prisa á abandonar un punto tan funesto, y avanzó mas al Sur, donde cayó súbitamente sobre una ciudad situada en una colina y fortificada con estacadas; pero la encontró desierta. Los habitantes habían huido. Explorando los alrededores, fué sorprendida la expedicion por los naturales del país que mataron cinco españoles é hirieron repetidas veces á Pizarro. Convencido de su impotencia, regresó á Panamá para llevarse á Almagro, al cual no encontró. Almagro habia partido ya, y no hallando á Pizarro, ni las señales que solian dejar los expedicionarios, aunque no fuesen sino incisiones en los árboles, pasó adelante y llegó al rio de San Juan á los 4° de lat. Norte. No lejos del punto donde Pizarro habia tenido la accion referida, fué atacado á su vez Almagro por los habitantes y recibió una herida en la cabeza que le dejó tuerto. Siguió sin embargo navegando mas al Sur hasta que vió palpablemente que aquellas tierras formaban parte de un imperio poderoso y abundante en oro. Con esta conviccion emprendió el regreso para inquirir lo que habia sido de Pizarro y demás españoles.

Reunidos otra vez en Panamá hicieron los tres empresarios, Pizarro, Almagro y Luque, en 10 de marzo de 1526, un contrato solemne para la conquista del Perú, obligándose Luque á dar un nuevo anticipo de 20,000 pesos en oro á cambio del derecho á la tercera parte de los beneficios y del territorio que se conquistara. Firmaron este contrato por Pizarro y Almagro que no sabían escribir dos españoles particulares establecidos en Panamá, y el notario.

En la primavera del año 1526 pudieron hacerse á la vela otra vez Pizarro y Almagro con dos buques y 160 hombres de armas, haciendo de piloto Bartolomé Ruiz, natural de Moguer cerca de Palos. La expedicion saltó en tierra en la desembocadura del rio San Juan, donde en una aldea encontró una pequeña cantidad de oro con el cual volvió Almagro á Panamá para enganchar mas gente, mientras Pizarro permaneció donde estaba hasta el regreso de su compañero.

Entre tanto el piloto Ruiz fué explorando las costas hácia el Sur; tocó en la isla del Gallo, en la bahía de Tumaco, á los 2° de lat. N.; en la bahía de San Mateo á 1° 30' de lat. Norte, pasó el Ecuador y mas allá del cabo Pasado á 1° de lat. Sur, y siguiendo adelante, encontró una balsa peruana procedente de la ciudad y puerto de Tumbez, situada á los 3° 30' de lat. S. y que llevaba tejidos hermosísimos de ricos dibujos y colores, que asombraron al piloto Ruiz. Los tripulantes de la balsa aumentaron por su parte el asombro con las noticias detalladas que dieron del imperio de los incas, y con esto determinó Ruiz regresar inmediatamente para comunicar lo todo á Pizarro. Llegó casi simultáneamente tambien Alma-

gro con 80 hombres de refresco que habia enganchado; de modo que Pizarro no quiso ya perder mastiempo cerca del rio San Juan y se trasladó con todas sus fuerzas á la isla del Gallo. Desde allí fué explorando la costa para encontrar un punto favorable donde operar un desembarco. Convencióse entonces de que á medida que avanzaba se aumentaban los indicios de civilizacion y riqueza como los habia observado Ruiz, tanto que al querer finalmente desembarcar en cierto punto, vió reunirse seguidamente con gran presteza un ejército de 10,000 guerreros para rechazar á los invasores. Considerando Pizarro empresa temeraria disputar el terreno con su contada gente á una fuerza tan considerable y tan bien organizada, regresó á la isla del Gallo, desde donde envió á Almagro á Panamá con un buque y la gente necesaria, además de los que quisieron dejar la expedicion, para reunir nuevos y mayores recursos.

Despues de la partida de Almagro, viendo que todavía entre su gente habia muchos que se habian quedado con él á disgusto, resolvió con valor heróico deshacerse de ellos para que no desanimaran á los mas valientes, y cediéndoles el buque que le quedaba los dejó partir, quedándose él con el reducido resto de sus campeones mas arrojados en aquella isleta sin mas esperanza que su buena estrella.

Tan luego como el gobernador de Panamá supo esta resolucion tan desesperada por los que llegaron con el segundo buque, envió otros dos buques mandados por el capitán Tafur con órden para Pizarro de regresar inmediatamente con la gente que le habia quedado para no sacrificarla inútilmente en una empresa imposible. Habiale inducido á esta resolucion una carta que uno de los hombres que se quedaron con Pizarro habia introducido sigilosamente en una de las pacas de algodón que habían cargado en el segundo y último buque, y en la cual habia pintado con colores vivos la situacion triste en que quedaron los de la isla; pero como Almagro y Luque habían enviado con los buques de Tafur cartas á Pizarro alentándole á sostenerse en la isla del Gallo, y prometiéndole pronto auxilio, resistióse con su piloto Ruiz á volver á Panamá.

Cuando Tafur le comunicó la órden del gobernador, Pizarro reunió á todos sus compañeros en la playa, trazó en la arena con su espada una línea de Levante á Poniente y dijo señalando en direccion al Mediodía: «Allí está el Perú con sus tesoros, y allí—señalando al Norte—está Panamá con su pobreza. Escoged; yo voy al Sur!» y diciendo esto pasó la línea trazada. Siguiéronle su fiel piloto y 12 hombres, los mas resueltos, cuyos nombres han conservado los historiadores españoles, porque con este acto sellaron la suerte del Perú y de Pizarro.

Partió el resto, y Pizarro con sus compañeros se retiró á la isla Gorgona, situada 15 leguas mas al Norte, porque además de ser de mayor extension que la del Gallo, ofrecía en su bosque y manantiales los medios de subsistencia mas preciosos. Allí permanecieron de seis á siete meses hasta que Almagro les envió un pequeño buque con unos cuantos hombres de refuerzo, con los cuales volvió Pizarro otra vez al Sur, y llegó hasta la ciudad de Tumbez, situada en la orilla meridional de la bahía de Guayaquil. Allí cambió el carácter del país, y en lugar de pantanos, selvas y una atmósfera de miasmas, vieron los españoles una playa arenosa, seca y salúfera. La ciudad estaba rodeada de tres murallas por ser la plaza mas importante del Norte del imperio. El templo estaba cubierto de chapas de oro y plata y los habitantes se mostraron pacíficos. El oficial de infantería Molina y el de caballería Pedro de Candia bajaron á tierra cubiertos de su reluciente armadura, y el último espantó no poco á los habitantes cuando para mostrarles el efecto de las armas europeas tiró con su arcabuz y dió en el blanco.

Desde allí siguieron los aventureros mas al Sur; pasaron el cabo Blanco, á los 4° 17' de lat. S. y pocas leguas mas lejos hasta la Punta Pariña, la mas occidental de la América del Sur y donde empieza á elevarse la costa, hasta allí enteramente llana; pero no habiendo puerto hasta Santa, donde desemboca el mayor de los torrentes que bajan en aquella costa de las sierras al mar, no pasó de aquel punto la expedición.

Por otra parte, habiéndose convencido Pizarro de la riqueza y fuerza del gran imperio, así como de la importancia de su conquista para la corona de España, comprendió tambien que esta conquista solo era realizable con la autorizacion y el apoyo del gobierno español; por cuya razon regresó á Panamá, y apenas hubo llegado embarcóse para España porque el gobernador de Panamá no quiso darle los recursos que juzgaba necesarios para la conquista. Llevóse los mapas tra-



La casa de Atahualpa cerca de Cajamarca en la cual tuvo Pizarro prisionero al inca

quedando nombrado Pizarro adelantado del Perú, Almagro comandante de Tumbes, el cura Laque obispo de esta misma ciudad y Ruiz piloto mayor del Océano Austral, todos con sus correspondientes sueldos que debían cobrar de las rentas del Perú conquistado. Los doce soldados fieles que no quisieron abandonar á Pizarro fueron elevados á la categoría de hidalgos. Además auxilió el gobierno la empresa con artillería y demás material de guerra y con caballos que habían de tomarse en la Jamaica.

En enero de 1530 embarcóse Pizarro en Sanlúcar con buen número de tropas en tres buques, porque estando su empresa autorizada por el gobierno, no faltaron ya á su iniciador ni recursos en dinero ni hombres. Acompañaron á Pizarro sus tres hermanos Hernando, Juan y Gonzalo, y llegaron sanos y salvos al puerto de Nombre de Dios.

Al saber Almagro las condiciones del convenio celebrado por Pizarro con el rey, fué grande su disgusto, porque habia convenido con Pizarro en que él sería nombrado lugarteniente suyo y no simplemente comandante de una plaza; pero por lo pronto contentóse con la explicacion de su compañero, el cual le dijo que el gobierno lo habia querido así. Esta decepcion y la notable postergacion en que se consideró Almagro fueron el germen de una situacion violenta entre los dos hombres y condujo á una solucion trágica para ambos.

30.—La conquista del Perú.

En enero de 1531 hizo Pizarro á la vela desde el puerto de Panamá con 3 buques, 180 hombres y 37 caballos, con intencion de ir directamente á Tumbes; pero vientos contra-

zados por Ruiz, que se encuentran ya aplicados por primera vez en el mapamundi publicado por Ribero en 1529, con el objeto de hacer ver mejor al rey la extension é importancia del imperio peruano.

Desembarcó en Sevilla, y apenas saltó en tierra fué puesto preso por reclamacion del bachiller Enciso, su acreedor, pero se le dió libertad en seguida por órden del gobierno, que tenia ya noticia del objeto de su viaje. Inmediatamente Pizarro pasó á Toledo, donde presentó al rey los diferentes productos de la industria peruana, sus joyas y adornos de oro y un llama que excitó la curiosidad general. El rey Carlos I encomendó el asunto al consejo de Indias, y el resultado fué un convenio entre Pizarro y sus dos socios por una parte y la corona de España por otra, que se firmó en 26 de julio de 1529 por la reina en representacion de su esposo y por Pizarro en su nombre y en el de sus socios Almagro y Luque,

rios le obligaron á recalar en la bahía de San Mateo cerca del extremo Norte de la república actual del Ecuador, donde una partida de los tripulantes saltó en tierra y cayó sobre la ciudad de Coaque en la cual hizo un botin considerable de oro, plata y esmeraldas. Una quinta parte de esto fué reservada para el rey y el resto distribuido entre la gente en proporcion de su categoría, menos una parte que envió Pizarro á Panamá para atraerse mas gente (1).

No lejos del puerto de Guayaquil se juntó á la expedicion Sebastian de Benalcazar con 30 individuos nuevamente enganchados; y seguidamente se continuó el viaje hasta la isla de Puna, llamada entonces Santiago, donde los españoles fueron recibidos hospitalariamente y pudieron dejar pasar la estacion de las lluvias y aguardar los refuerzos con que contaban. Los isleños estaban reñidos con los habitantes de tierra firme, es decir, con los de Tumbes, los cuales dijeron á Pizarro que sus enemigos tenían el proyecto de matar en un momento dado á todos los españoles. Esta noticia decidió á Pizarro á apoderarse de los caciques de la isla y darles muerte; y como el pueblo indignado se levantara, lo derrotó en una batalla y lo sometió á la fuerza.

Por entonces llegó Hernando de Soto á la isla con dos buques y un refuerzo de 100 hombres enganchados en Panamá con el aliciente del oro y de las esmeraldas que Pizarro para este objeto habia enviado allí. Con este auxilio creyóse Pizarro ya bastante fuerte para pasar á Tumbes, donde supo que en-

(1) Véase la Relacion ya citada de Pedro Pizarro en la Coleccion de Navarrete.

tre los dos hijos del difunto inca Huayna-Capac habia estado una sangrienta guerra. Despues de haber reinado pacíficamente los dos desde 1525 hasta 1530, Atahualpa en Quito y Huascar en el Cuzco, Atahualpa, ambicioso y guerrero, deseando engrandecer sus dominios, reclamó de su hermano y ocupó el territorio de Tumbamba, hoy Cuenca, que comprende la bahía de Guayaquil situada á los 3° de lat. S. Hecho esto, marchó siempre victorioso hácia la capital de su hermano, que le presentó batalla cerca de Chontacaxas á poca distancia del Cuzco. En esta batalla Huascar quedó vencido y prisionero; los generales de Atahualpa, Quizquiz y Chaleuchima, se apoderaron de la capital, y Quizquiz hizo matar á casi todos los miembros de la familia del inca vencido. Esto sucedia en la primavera del año 1532, poco antes de la llegada de Pizarro á aquella region; de modo que Pizarro encontró á los habitantes de Tumbes muy espantados y recelosos, porque habian padecido mucho en la guerra civil y el vencedor Atahualpa estaba con su ejército á unas 50 leguas al Sur, cerca de Cajamarca. Pizarro quiso aprovechar estas circunstancias, y tan pronto como tuvo todas sus fuerzas en tierra, marchó con ellas hácia el Sur, proclamando en todas partes por soberano del país al rey de España, cosa que nadie trató de impedir porque nadie comprendió ni notó aquellas ceremonias y formalidades.

A los 5° de lat. Sur, fundó Pizarro en el valle de Tangarara la colonia de San Miguel; pero como el sitio resultó luego malsano, fué trasladada la nueva ciudad al cabo de algun tiempo á Piura. El 24 de setiembre de 1532 salió Pizarro de San Miguel en busca del campamento de Atahualpa, con solos 110 infantes, 67 jinetes y unos cuantos ballesteros, de los cuales hizo retroceder 5 infantes y 4 jinetes á la nueva colonia porque habia observado que le seguian de mala gana, ya por descontento, ya por miedo; de suerte que emprendió con solos 168 hombres la conquista de un imperio de 400 leguas de largo. No tardó en saber su marcha el inca y le mandó mensajeros para invitarle á su campamento de Cajamarca. Pizarro aceptó; y despreciando todos los peligros pisóse en camino con su columna, porque ejército no podia llamarse. Llevaba consigo dos indios intérpretes que habian estado con él en España y sido bautizados con los nombres de Martin y Felipe, y subiendo por la sierra hasta encontrar la gran calzada imperial, la siguió hácia el Sur. En el camino salieron á su encuentro diferentes mensajeros con regalos de su soberano para él, pero tambien con la mision secreta de informarse exactamente del número, armamento y otras particularidades de los extranjeros.

A los siete dias de marcha llegaron los españoles al valle de Cajamarca, situado á 2,860 metros sobre el nivel del mar, y que por esta misma circunstancia disfruta de un clima fresco y agradable. Huertas, jardines y campos bien cultivados se extendian á lo largo del camino, y en lontananza se elevaban las columnas de vapor de los manantiales y termas sulfurosos de Pultamarca, que salen del interior de la tierra con un calor de 55 grados Reaumur, y que hoy todavía llevan el nombre de baños de los incas. Allí solia tomar tambien una temporada de baños Atahualpa, y allí estaba con un ejército de 40,000 hombres acampado en tiendas á la falda de la montaña antes de llegar á los baños. Pizarro entró en la ciudad de Pultamarca cercada de triple y elevada muralla, á la cual los habitantes habian abandonado. El 15 de noviembre ocupó la plaza del mercado y en seguida reconoció la topografía de la ciudad y de sus alrededores para formar su campamento al abrigo de cualquiera sorpresa. Soto exploró con algunos jinetes el país y reconoció las posiciones ocupadas por los peruanos. Dispuesto todo esto, envió Pizarro como embajador al inca á su hermano Hernando con una

escorta de 20 jinetes mandados por Soto. Para imponer á los peruanos que nunca habian visto caballos hicieron los jinetes, Soto á su cabeza, el último trecho del camino á galope tendido hasta llegar al arroyo que formaba el límite del campamento peruano. Atahualpa aguardaba la embajada en el patio de su palacio, sentado en un trono y rodeado de su corte; delante de él dos mujeres tendian un velo sumamente delicado al través del cual, el soberano veia todo sin que su persona sagrada pudiera ser vista por ojos profanos segun era uso antiguo; pero al aproximarse Soto mandó bajar el velo, y entonces adelantóse Hernando Pizarro y dirigió al soberano su alocucion, que fué traducida por el intérprete, diciendo que era enviado de un rey poderoso, para instruir á los peruanos en la religion verdadera (1).

El inca nada contestó, pero uno de sus grandes dignatarios dijo: «Está bien.» Entonces volvió á hablar Pizarro y suplicó al monarca que visitara á los españoles en su campamento, lo cual prometió hacer el inca al dia siguiente de concluida la temporada de los ayunos; añadiendo que entre tanto podian los españoles alojarse en los edificios del Estado en Cajamarca. Con esto despidió la embajada.

Esta audiencia impresionó profundamente á los españoles, los cuales comprendieron claramente su situacion difícilísima y lo temerario de su empresa, despues de haber visto la brillante aparicion del inca, la magnificencia de su corte, la veneracion casi divina de que era objeto, su inmensa autoridad y poderío absoluto y su ejército imponente, capaz de aniquilar al menor esfuerzo la reducidísima aunque atrevida banda de aventureros europeos. Solo un medio ofrecia esperanzas de éxito para contrarrestar tanto poder y paralizar la resistencia. Pizarro lo propuso á sus oficiales reunidos en consejo, y estos lo aceptaron y prometieron ejecutarlo exactamente. Este recurso supremo era sorprender y hacer prisionero al inca por medio de un golpe de mano.

Al dia siguiente por la tarde llegó Atahualpa sentado en un palanquin llevado por nobles, acompañado de un numerosísimo y brillante séquito, y 5,000 hombres de tropa escogida. Salió á recibirle Pizarro y le invitó á entrar en la plaza. Atahualpa entró sin el menor recelo y confiado en su imponente fuerza. Así llegó á la plaza mayor, sin que se dejara ver ningun español, porque si hubiesen salido á hacer los honores, habrian visto los indios el número exiguo de los extranjeros; pero en secreto cada uno estaba preparado y armado para la sorpresa, los caballos ensillados en los patios de las casas y los dos cañones cargados y apuntados á la plaza. Veinte individuos resueltos estaban apostados de manera que sin ser vistos podian vigilar cada movimiento del inca con órden de apoderarse de él á la primera señal.

Tan pronto como el inca hubo llegado á la plaza, salió á su encuentro el dominico fray Vicente de Valverde (despues obispo del Cuzco) con una cruz en una mano y la Biblia en la otra y le expuso en pocas palabras lo mas esencial de la religion cristiana desde la creacion y el primer pecado hasta la venida de Cristo, que habia entregado todo el poder en la tierra á su apóstol San Pedro y á sus sucesores los papas. Dijo que el papa residia en Roma, desde donde habia repartido todos los países entre los soberanos cristianos, habiendo tocado el Nuevo Mundo al rey Carlos I de España, á fin de que todos los pueblos del mundo fuesen convertidos á la religion cristiana y recibiesen el agua del bautismo.

El monarca peruano comprendió la parte del discurso en que se negaba la legitimidad de su dignidad y poder soberanos y contestó con calma y voz tranquila que no conocia ni á Cristo ni á San Pedro; que para él era el Sol la divinidad

(1) Relacion de Pedro Pizarro, pág. 224.

suprema y que en cuanto á sus Estados los había heredado de sus mayores. A esto le replicó el fraile que lo que él le había dicho eran las palabras del mismo Dios, que había anunciado su voluntad en la Sagrada Escritura y le enseñó la biblia que tenía en la mano. El inca tomó el libro, lo hojeó y lo arrojó con desprecio al suelo diciendo: «Este libro nada dice.» Sobre lo que sucedió entonces discrepan las relaciones de los que lo presenciaron, y con mas razon los historiadores mas antiguos, porque la conversacion fué corta y los actos que la siguieron rápidos. Algunos pretenden que el fraile indignado de la profanacion del libro sagrado gritó «¡A ellos!» prometiendo la absolucion á los españoles por la violencia que cometieran; pero esto no es cierto, porque se sabe que Pizarro había formado el plan del golpe de mano y es natural que fuese quien diera la señal del ataque, aunque posteriormente pudo bien ó mal justificarse con la profanacion de la palabra de Dios. A la orden de Pizarro resonaron las trompetas y los disparos de los cañones, y en el mismo instante salieron los españoles á pié y á caballo de los sitios donde estaban ocultos y se precipitaron sobre los indios. Estos se defendieron lo mejor que pudieron, entablándose una lucha violentísima al rededor de la persona del inca, el cual finalmente fué hecho prisionero. Los peruanos huyeron dejando 2,000 muertos en la plaza y en las calles.

Al día siguiente fué dispersado todo el gran ejército del rey, porque no opuso ninguna resistencia. Muchos peruanos de elevada categoría fueron hechos prisioneros, y las termas reales saqueadas. Sin perder un instante envió Pizarro propios á San Miguel para pedir mas fuerzas y marchar con ellas sobre la capital.

Atahualpa, temiendo por su vida y recelando que los españoles quisieran poner á su hermano en el trono, ofreció un crecidísimo rescate á Pizarro si le dejaba libre, prometiendo nada menos que llenar de oro la estancia en que estaba detenido hasta la altura que un hombre alcanzara con la mano, y eso que aquel aposento medía 22 piés de largo y 17 de ancho. Pizarro aceptó en seguida y se trazó una línea blanca á la altura de nueve piés en las cuatro paredes. Para llenar este espacio con oro pidió el inca dos meses de tiempo que le fueron concedidos, y al instante pasó á los suyos las órdenes oportunas; porque aunque bien guardado y vigilado, estaba rodeado y servido por su servidumbre y séquito, y se le dejó comunicar con sus súbditos. Así, mientras se llevaban los tesoros de los templos del Sol del Cuzco, Huailas, situado á los 9° de lat. S., Huamachuco al Oeste de Trujillo, y de Pachacamac al Sudeste de Lima, supo que su hermano Huascar se había dirigido á Pizarro para hacerle presentes sus derechos, y que Pizarro había decidido verse con él para oír sus reclamaciones y decidir en vista de ellas la cuestion de sucesion al trono. Para evitar esta entrevista mandó Atahualpa matar á su hermano, que fué ahogado en el rio Andramarca, ó segun algunos estrangulado primero y arrojado despues al rio. Este asesinato formó despues el principal capítulo de acusacion contra el inca prisionero, el cual aunque negó toda participacion en el crimen, fué condenado á muerte, ahorcado y quemado.

Por lo pronto había cesado toda resistencia y los españoles podían recorrer todo el país sin ser molestados en ninguna parte. Hernando Pizarro fué enviado con una columna de infantería y caballería á Pachacamac para incautarse de los tesoros del templo. El camino seguía hasta Pachicoto por la gran calzada imperial, y desde allí se desviaba un ramal hacia la costa. Los rios que encontraron fueron pasados por los hombres en balsas con el auxilio de los naturales del país, y por los caballos á nado. Cuando la expedicion llegó al llano, pasó por Ancon y por el territorio donde posterior-

mente se fundó la ciudad de Lima, siendo bien recibida en todas partes hasta que llegó en el mes de febrero de 1533 á Pachacamac. Allí Pizarro tuvo que emplear la fuerza para penetrar en el templo, pero una vez dentro destruyó el ídolo y colocó en su lugar una cruz. Hoy la arena cubre las ruinas de esta ciudad, y solo desde la eminencia en que se elevaba el templo del Sol se ven en un vasto perímetro sobresalir los restos de las fortificaciones y de los conventos que construyeron allí los vencedores.

A principios de marzo emprendió Hernando Pizarro su marcha de regreso con el oro reunido, siguiendo el camino por donde había ido hasta Huara, desde cuyo punto se dirigió al interior. En Cajatambo penetró en la gran calzada y por ella siguió hasta Tarma y desde allí á Jauja, situada al Este de Lima, donde le aguardaba para disputarle el paso Chalcuchima con un grande ejército. Siguiendo el ejemplo de su hermano decidió apoderarse de la persona del general enemigo en medio de su ejército, y encargó este atrevido golpe de mano á sus dos capitanes Hernando de Soto y Pedro del Barco, que no tuvieron gran trabajo, porque Chalcuchima se entregó y se fué con la columna á Cajamarca.

Todavía mas al Sur fueron enviados para incautarse de los tesoros del templo del Cuzco, Martin Bueno y Pedro Martin de Moguer, los cuales llevaron salvo-conductos del inca y fueron llevados á hombros de peruanos mandados por un noble del país. A su regreso en el verano de 1533 dijeron que habían encontrado el templo del Sol de la capital revestido todo entero de láminas de oro, siendo un edificio cuadrado de 350 pasos de lado. Lleváronse 700 láminas de oro, muchísimos otros objetos del mismo metal, y aumentando estos tesoros inmensos con otros que recogieron en el camino, regresaron á Cajamarca con 200 cargas de oro fino, 25 de plata y 60 de oro menos puro. Reunido todo el enorme rescate del monarca peruano se puso aparte el quinto del rey comprendiendo los objetos de oro mas artísticos que despues llevó á España Hernando Pizarro en persona. El quinto importó 262,259 pesos de oro y 10,121 marcos de plata. Cada soldado de caballería recibió 8,880 pesos en oro y 362 marcos de plata (1).

Unas cinco semanas despues de hecho prisionero el inca, recibió Pizarro la fausta noticia de la llegada al puerto de San Miguel de 6 buques con tropas de refresco, á saber: 3 buques conducidos por Almagro y el piloto Ruiz con 120

(1) Sobre el valor total del rescate discrepan las noticias. Cl. Markham (*Reports on the discovery of Perú*, Londres 1872, pág. 97) lo ha calculado en su obra, tomando 100 pesos de oro por igual á 120 pesos de plata igual á 144 ducados en 4.605,670 ducados distribuidos en la proporcion siguiente:

El quinto del rey.. . . .	931,500	ducados
Id. en plata fina.	38,170	»
Francisco Pizarro.. . . .	312,000	»
3 capitanes de caballería. . .	165,000	»
4 id. de infantería.	165,000	»
60 soldados de á caballo. . .	1.166,000	»
100 id. de á pié.	1.458,000	»
Almagro.	55,200	»
Las tropas de este.	331,200	»
Total.	4.605,670	ducados

ó 3.200,000 pesos de oro aproximadamente, que venían á representar entonces un valor de cerca de 90 millones de pesetas actuales. En la obra citada de Cl. Markham se encuentra la lista detallada de la distribucion, legalizada por el escribano Pedro Sancho. La consecuencia de tan súbita riqueza fué el aumento proporcional de los precios de objetos de procedencia europea; así se pagaron por un caballo 2,500 á 3,000 pesos; por un par de zapatos ó botas 30 á 40 pesos; por una capa 100 á 120 pesos; por una mano de papel 10 pesos y así de lo demás. El cura Luque había muerto, de modo que su parte en la ganancia benefició á los demás.

hombres, y 3 carabelas pequeñas de Nicaragua con 30 hombres y 84 caballos. Estas tropas, que duplicaron las fuerzas españolas, entraron capitaneadas por Almagro el 14 de abril de 1533, víspera de Pascua, en Cajamarca.

El inca, despues de haber entregado el rescate convenido, reclamó su libertad; pero Pizarro no se la dió, pretextando que corrían rumores siniestros acerca de sublevaciones y concentracion de ejércitos del partido nacional. Para averiguar hasta dónde eran fundados estos rumores fué enviado Soto, el cual no encontró nada sospechoso, sino al contrario todo el país muy tranquilo. Sin embargo, Pizarro había resuelto matar al inca por traidor, y no le valieron las protestas del mismo Soto y de otros doce españoles con mando que sostuvieron que solo al rey de España correspondía juzgar á otro rey prisionero y que todos los rumores de sublevaciones de los indígenas eran pura fábula sin fundamento alguno. El 29 de agosto de 1533 fué conducido Atahualpa atado á la gran plaza de la ciudad para ser quemado vivo como usurpador del trono, fratricida y blasfemo; pero en vista de que consintió en dejarse bautizar primero, se le hizo la gracia de ser ahorcado y enterrado en el cementerio de la ciudad. Esta mancha sangrienta de la conquista del Perú que solo se explica por la sed insaciable de oro del conquistador (1), fué el preludio de la gran tragedia en la cual todos los actores principales perecieron de una manera violenta.

Atahualpa era de buena presencia y de aspecto imponente, pero su mirada era tan feroz que hacia temblar á sus súbditos; el cacique de Huailas que le visitó en su prision para entregarle regalos, tembló en su presencia tan fuertemente que apenas pudo sostenerse en pié, hasta que el inca levantando la cabeza y sonriendo ligeramente le hizo seña de que podía marcharse. Así lo refiere Pedro Pizarro que presenció la entrevista, y concluye su descripcion del inca con estas palabras: «En todo el Perú no he visto ningun indio que tuviese el aspecto feroz de Atahualpa.»

Francisco Pizarro nombró por sucesor del inca á Toparca ó Tubalipa, hermano de Huascar, que habría sido simplemente un instrumento suyo; pero murió á los pocos meses, envenenado, segun pretende un historiador, por Chalcuchima.

En el mes de setiembre se puso Francisco Pizarro en marcha para la capital, el Cuzco, con un ejército de 500 hombres. La muerte alevosa de Atahualpa había indignado al pueblo, el cual para impedir la marcha del enemigo sobre la capital había quemado las poblaciones situadas en el camino y destruido todos los puentes; pero nada de esto le sirvió: Hernando de Soto fué enviado delante con 60 jinetes para explorar el terreno, y por poco hubiera sucumbido con su gente en un ataque que tuvo que sostener al pasar por un desfiladero si no le hubiese alcanzado y libertado Almagro. En fin llegó el ejército delante del Cuzco, donde fué quemado por orden de Pizarro el general peruano Chalcuchima, acusado de mantener inteligencias secretas con los suyos; y en noviembre se efectuó la entrada solemne en la capital. Esta contaba entonces unos 200,000 habitantes y muchos edificios suntuosos. Los palacios y templos antiguos no tardaron en ser demolidos y reemplazados por fábricas nuevas al estilo español con los mismos materiales. Así, se eleva el convento de Santa Catalina sobre los cimientos del templo del Sol que estaba servido por doncellas á manera de vestales. Los españoles se repartieron todo el oro y las piedras preciosas que encontraron, sin perdonar ni á los difuntos,

(1) No se puede explicar por la sed de oro; se explica, aunque á los ojos de la moral no se justifica, por el sentimiento que impulsó á Atahualpa á deshacerse de su hermano: el sentimiento de la propia seguridad.

(N. del T.)

porque también despojaron de sus joyas las momias de los incas y de otros peruanos distinguidos.

Muerto el hermano de Huascar, nombró Pizarro en su lugar á Manco, también de estirpe real, á quien él mismo puso la venda régia en la frente. Manco reconocióse por súbdito del rey de España, y muchos españoles, compañeros de Pizarro, se establecieron definitivamente en el Cuzco, donde el vencedor les regaló casas y haciendas.

Durante la estancia de Pizarro en esta capital, penetró en el Norte del imperio de los incas un competidor suyo, Pedro de Alvarado, el conquistador de Guatemala, que habiendo tenido noticia de la conquista del Perú, había concebido el plan de apoderarse del reino de Quito en la confianza de que este no formaba parte del Perú, y que de consiguiente nada tenía que ver allí Pizarro. Una escuadra destinada á las islas Molucas le llevó á aquellas costas y le desembarcó con 500 hombres de armas en la bahía de Caracas al Oeste de Quito en el mes de marzo del año 1534. Desde allí penetró en el interior pasando por elevadas cordilleras cubiertas de nieve, donde perdió mucha gente. Al llegar á Riobamba vió con gran pesar huellas de caballo, señales inequívocas de haber pasado ya por allí otros españoles, que resultaron ser un destacamento enviado por Pizarro á San Miguel á las órdenes de Benalcázar, á quien había nombrado comandante de aquella plaza. Este oficial, excitado por los relatos de pretendidos tesoros que encerraba la ciudad de Quito, había hecho una expedicion con 140 hombres á aquella capital adonde había llegado ya, pasando por Riobamba, cuando Alvarado se dirigía al mismo punto. Pronto llegó á oídos de Pizarro la noticia de esta invasion en el territorio de su mando, y en seguida envió desde el Cuzco á Almagro con una columna contra el invasor. Efectuada la reunion de las tropas de Almagro con la fuerza de Benalcázar se dirigieron al encuentro del conquistador y gobernador de Guatemala á quien hallaron en Riobamba; pero Alvarado tuvo la prudencia de no entablar una lucha tan inesperada como inútil y convino en un arreglo pacífico segun el cual cedió á los representantes de Pizarro por una indemnizacion de 100,000 pesos, su flota con todo su material de guerra, provisiones y tropa, la cual muy contenta se puso á las órdenes de Almagro mientras Alvarado regresaba á Guatemala.

En 6 de enero de 1535 fundó Pizarro á orillas del rio Rimac una nueva capital que llamó por el día de su fundacion Ciudad de los Reyes, nombre que muy pronto fué sustituido por el de Lima corrompido de Rimac.

31.—Expedicion de Almagro á Chile y su muerte.

Sometido ya el Perú, propúsose Almagro conquistar los países situados mas al Sur, á cuyo fin emprendió una campaña tan atrevida y penosa como jamás la ha realizado general ninguno al través de las regiones desiertas é intransitables de las altas cordilleras de la América meridional. Para explorar el camino, facilitar posadas y tranquilizar á los habitantes sobre las intenciones del cuerpo expedicionario fueron enviados delante dos nobles peruanos, Pablo Topa, hermano del inca, y Vilehoma, sumo sacerdote, acompañados de tres españoles. Detrás de ellos salió Almagro del Cuzco el 3 de julio de 1535 con un ejército de 570 hombres segun Agustín de Zárate. Atravesó el territorio de las Conchas al Noroeste del Titicaca, siguió luego la orilla occidental de este lago, que pertenece á la comarca de Collao, despues la ribera oriental del lago de las Aulagas, pasando en direccion Sudeste por las elevadas mesetas del Potosí á Tupiza en el límite meridional de Bolivia, donde despues de una marcha de 200 leguas, dió á sus tropas dos meses de descanso. En este